



# La muerte de un pobre en la alcoba de un palacio

San Juan de Dios y la  
iconografía de su muerte

4 ANÓNIMO GRANADINO

Diseño y maqueta Susana Martínez Ballesteros  
Imagen de la cubierta Portada del Hospital de San Juan de Dios, Granada

Dirección científica Francisco Benavides Vázquez  
Fotografía Pepe Marín  
Revisión de pruebas Marina Santiago Villanueva

Depósito legal GR 246-2025  
ISBN 978-84-121472-6-1

© de la edición: Archivo-Museo San Juan de Dios. 'Casa de los Pisa'  
© de los textos: sus autores

Realizado en España / Made in Spain

4

*Muerte de San Juan de Dios asistido por  
dos ángeles, San Rafael y San Gabriel*

ANÓNIMO GRANADINO

Texto hagiográfico de DOROTEO M.<sup>a</sup> GARRO OH  
Análisis de la obra por FRANCISCO BENAVIDES VÁZQUEZ





*Muerte de San Juan de Dios  
asistido por dos ángeles,  
San Rafael y San Gabriel*

ANÓNIMO GRANADINO

Siglo XVII-XVIII

Óleo y cobre, 19 x 16 cm (sin marco); 31 x 28,5 x 6 cm (con marco)

Archivo-Museo San Juan de Dios

'Casa de los Pisa' - Escalera de acceso a la Cámara Santa [0986]



*Así nos cuenta Doroteo M.<sup>a</sup> Garro OH<sup>1</sup>  
la muerte de San Juan de Dios*

**M**UY QUEBRANTADAS HABÍAN QUEDADO las fuerzas físicas de San Juan de Dios al terminar su viaje de ida y vuelta a Valladolid, hecho con el fin de recabar limosnas de la Corte de España para su hospital de Granada. A poco de su regreso sintióse el Santo tan abatido que forzosamente hubo de guardar cama, a pesar de su ánimo esforzado. Al saber esto doña Ana de las Pisas, gran bienhechora del Siervo de Dios y, conocedora a fondo de su espíritu de mortificación, hizo que el Señor Arzobispo de Granada, formulase una orden precisa en la cual se mandaba a Juan de Dios que se trasladase a la casa de esta señora con el fin de proveer convenientemente a su maltrecha salud, pues estaba segura que su invitación personal nada conseguiría.

Obtenida la deseada orden por escrito, la mencionada Doña Ana se presenta a Juan de Dios, le ofrece su casa, le insta una y otra vez con mil razones y de la manera más cortés y apremiante a que se traslade allí para recobrar su salud: y en vista de la inutilidad de sus palabras, le presenta el mandato del Prelado. Juan de Dios lo lee atentamente y respetuosamente y, acatándolo en todo y por todo con entera religiosidad, dice: «Puesto que el Hijo de Dios obedeció hasta la muerte y muerte de cruz, Juan de Dios, su indigno siervo, imitará hasta el último suspiro, con su ciega obediencia, la de su Redentor»; y sin demorarse nada se dispone a partir.

Ciertamente, los deseos del venerado Arzobispo y de aquella buena señora no podían ser más laudables; pero, ¡qué duro sacrificio se exigía a Juan de Dios ordenándole apartarse de sus pobres, a quienes él amaba como a las niñas de sus ojos! La nueva de que al Santo se le iba a sacar del hospital corre veloz de boca en boca entre todos los pacientes, y todos comienzan a lamentarse amargamente por considerar esta noticia como una desgracia fatal. A los lamentos siguen luego los gemidos que se aumentan a medida que se acerca el momento de la partida, y cuando los enfermos se percatan de que efectivamente se lo llevan, prorrumpen en los gritos más desgarradores, incorporándose en sus camas, tendiéndole las

---

<sup>1</sup> GARRO, Fr. Doroteo M.<sup>a</sup> OH. «Los últimos días de San Juan de Dios en la tierra». *Paz y Caridad*, n.º 1 (enero). Sevilla, Curia Provincial Bética Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 1950, pp. 7-10.

manos y suplicándole con los más tiernos acentos que, ¡por Dios! No se vaya, que se quede con ellos, pues le aman con toda el alma. No es extraño que al producirse esta escena tan tierna y conmovedora le sobreviniese un fuerte síncope a San Juan de Dios y que cayera desmayado, como leemos en su vida. Este rasgo de la biografía de nuestro Padre se halla representado al vivo en un cuadro que se encuentra en la sacristía de la iglesia de San Juan de Dios, de Bogotá, que fue de la Orden. Allí aparece el Santo como muerto en una silla de manos, a varios hombres transportándolo, y a los enfermos llorando en actitud suplicante en sus lechos de dolor.

Grandes y numerosos actos de heroísmo admiramos leyendo la vida de nuestro Santo Fundador; pero creo que en ninguno como en éste brilla su extraordinaria santidad. El preveía el cuadro tiernísimo que iba a producirse y la honda impresión y dolor que eso le había de causar, sin embargo se somete completamente a la obediencia, sin titubear, sin alegar ninguna razón... ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué espíritu de sacrificio aparece aquí! Pero aun más que en todo esto, fijemos nuestra atención en la profunda fe que animaba a nuestro Padre y procuremos imitarle.

Al conocer la orden del Prelado intimándole aquel sacrificio se acordó al punto, de Jesús en el Huerto de Getsemaní sometándose rendidamente a la voluntad santísima de su Eterno Padre, y, reprimiendo los impulsos naturales, responde al punto que él también obedecerá hasta morir, si esto fuese necesario, a imitación del Divino Maestro. Siguiendo el ejemplo de nuestro heroico Fundador, digamos y hagamos nosotros también en los trances difíciles de nuestra vida hospitalaria: Puesto que Jesucristo obedeció hasta la muerte más dolorosa que imaginar se puede, yo también cumpliré con ciega obediencia mis santos votos, aunque para ello fuera necesario soportar las más grandes humillaciones en los empleos y cargos más repugnantes y costosos.

A pesar de los cuidados de la señora de los Pisas y de los esfuerzos de los médicos, Juan de Dios iba cada día de mal en peor, por lo que, divulgada la novedad entre el pueblo, «una procesión interminable de personas acudía diariamente a informarse de su salud, y pedían, como insigne favor, permiso para verle y recoger algunas de sus palabras». Mas esto perjudicaba mucho al enfermo, y así los médicos hubieron de prohibirlo. Por lo cual se formó entonces una comisión de entre los señores más destacados de la ciudad, quienes, presentándose al Santo le manifestaron la aflicción general del pueblo granadino por su enfermedad; diéronle en nombre de la ciudad las más rendidas gracias por todo el bien que había hecho a los pobres, añadiendo que jamás olvidaría Granada los beneficios que le había prodigado y las virtudes de que le había dado ejemplo; e hincados de rodillas, pidiéronle su bendición para ellos y para la ciudad. Juan de Dios visiblemente emocionado y derramando gran copia de lágrimas los bendijo como ellos lo deseaban.





El Arzobispo visitóle repetidas veces, consolándole siempre con palabras paternales, y advertido por los médicos que era inminente un fatal desenlace, dijo que al día siguiente iría a celebrar la santa Misa en la cámara del enfermo y que le administraría los últimos sacramentos. Aunque Juan de Dios estaba habituado a escudriñar lo más recóndito de su alma, quiso todavía hacer minucioso examen de toda su vida y recibir la absolución sacramental antes de tomar el Pan de los Ángeles. Llegada la mañana, oyó la santa Misa y recibió el Viático de manos del Prelado con tan extraordinario fervor que todos los presentes quedaron hondamente enternecidos y edificados. El mismo Arzobispo se conmovió de tal suerte que no pudo menos de derramar abundantes lágrimas, procediendo, después de la acción de gracias del enfermo, a administrarle la Extremaunción. Una vez terminada la ceremonia, Su Excelencia hizo salir a todos de la habitación quedándose a solas con Juan de Dios para gozar de su conversación todo el tiempo posible.

A la partida del Arzobispo entró Antón Martín, a quien el Prelado ya había confirmado en el cargo de Superior del establecimiento, y para animarle a llevar adelante la empresa que se le confiaba, le habló el Santo de la visita con que el Cielo le había favorecido después de su comunión.

La Santísima Virgen —le dijo— ha encaminado bien las cosas. Ella se ha dignado enjugar el sudor que brotaba de mi rostro, diciéndome al mismo tiempo estas palabras A esta hora, hijo mío, no faltó yo a mis devotos; y así como cumplo esta promesa, te ofrezco de no faltar en todo tiempo a los pobres que se acogieren en tu hospital, y amparar a todos tus hijos que siguieren tu forma de vida.

Juan de Dios hizo después llamar a todos los otros Hermanos y habiéndolos reunido en torno a su lecho, les dijo estas memorables palabras:

Mis hermanos y queridos hijos,  
Vedme aquí al fin de mi carrera... Amad tiernamente a los enfermos, considerarlos como a vuestros señores y reputaos vosotros como sus siervos.

Estas palabras del Fundador de la Orden Hospitalaria, pronunciadas en su hora postrera, nos revelan gran santidad, encierran una profunda filosofía y nos muestran un compendio perfecto de asistencia a los enfermos, ya que puede afirmarse con toda verdad que, quien esté dotado de un intenso amor para con los necesitados, será atento, afable y cortés en atenderlos, solícito e industrioso en remediar sus dolencias, y hará por ellos verdaderas proezas sin que ningún sacrificio sea capaz de arredrarle.

En las fiestas que celebremos este año conmemorando el IV centenario de la preciosa muerte de nuestro Santo Padre Fundador, imaginémonos que también a nosotros nos

dice: «Amad tiernamente a los enfermos, considerarlos como a vuestros señores y reputaos vosotros como sus siervos»; y pidámosle con ahínco que cada día se aumente el fervor del espíritu en la Orden Hospitalaria, su obra amadísima, y que crezca constantemente el número de sus hijos para gloria de Dios y bien de los pobres y enfermos.



### *Para conocer mejor esta pieza...*

En este capítulo damos un paso más en la iconografía relativa a la muerte de San Juan de Dios, siguiendo ese hilo cronológico que proyectábamos inicialmente. Para ello nos ocupamos de una obra de pequeñas dimensiones realizada con óleo en soporte cobre. Está situada en ancho marco dorado, cuya moldura interior está decorada con una cinta de hojas. Durante largos años se ha exhibido en la Sala Administración del Museo. Actualmente, se encuentra en la subida de la escalera a la Cámara Santa del Museo.

### *Un esquema alegórico*

En primer plano, se representa a Juan de Dios de rodillas vistiendo el clásico hábito hospitalario. Está ligeramente inclinado, con el rostro orientado al espectador, aunque su mirada está ya perdida. Es la mirada de la muerte. Con sus manos, abraza un crucifijo, que por las grandes dimensiones deducimos que no sería el que colgaba de su pecho. En él se distinguen, a pesar de su pequeñez, la llaga del costado y la corona de espinas. Sobre la cabeza del Santo, acentuando la luz central, numerosos rayos simbolizan la santidad del bendito Juan. En su pecho, cuelga un elemento difícil de distinguir, podría tratarse de un rosario.

En un segundo nivel de profundidad y flanqueando al Santo, aparecen dos ángeles claramente diferenciados. San Rafael y con toda probabilidad San Gabriel. Ambos sujetan al protagonista suavemente, impidiendo que caiga al suelo. En el primero, se adivinan ropajes más austeros bajo el escapulario hospitalario. Por el contrario, San Gabriel, que aparece a la derecha de nuestra mirada con pelo largo, luce ricos vestidos en tonos verdes y rojos muy intensos, ceñidos por un cinturón con broche de pedrería.

Marcando el eje y la profundidad de la escena, una gran luz se abre entre nubes. Es la luz de la transcendencia que preside la lamentable pérdida de la vida terrena de Juan de Dios.

El autor anónimo de esta obra ha combinado sabiamente dos focos diferentes de luz, consiguiendo así sutiles contrastes. Por un lado, la escena principal está iluminada por un foco de luz situado a nuestra izquierda. Es la luz de la vida que se está perdiendo en Juan de Dios. Por otro lado, al fondo y capitalizando la escena, otra mucho más pronunciada ilumina la totalidad de la representación armónicamente. Es la luz esperanzadora que parece envolver tan triste momento, dándole sentido divino al episodio.

### *Inspiración compositiva*

Tratar de encontrar la fuente biográfica que inspira esta pieza no resulta nada fácil. El autor ha combinado diferentes datos biográficos como veremos seguidamente.

En lo que se refiere al momento de la muerte y su protagonista, se trasluce con precisión la descripción que hace su hagiógrafo Francisco de Castro: «Pues sintiendo en sí que se llegaba su partida, se levantó de la cama, y se puso en el suelo de rodillas, abraçandose con un crucifijo»...

Hasta aquí, la escena es totalmente fiel a Castro. El Santo aparece literalmente abrazado a un crucifijo, de considerables dimensiones, como veíamos en la descripción, puesto que de lo contrario no se podría más que empuñar.

Ahora bien, nada nos dice Castro, considerado por muchos como el más riguroso de sus biógrafos, del acompañamiento de los ángeles y arcángeles.

Tenemos que avanzar un paso más en el tiempo y retomar la biografía escrita por Fray Dionisio Celi. En el capítulo dedicado a la muerte del Santo incorpora la aparición de numerosos ángeles en estos términos:

[...] y aviendolos abraçado oyeron y vieron visiblemente entrar en su aposento un muy gran esquadron de gente luzida y vizarra entre los quales venia San Rafael, que fue conocido por el escapulario que traía y asi es de creer que todos serían Angeles del cielo, que vinieron a buscar el alma de aquel seráfico espíritu que tanto se parecía con ellos.

Con esta descripción realizada por Celi, no podemos negar que tiene bien merecido el calificativo de biógrafo barroco de San Juan de Dios. Bien podría haber sido este pasaje el que inspira al pintor de nuestra obra para situar a San Rafael y al otro arcángel flanqueando al Santo en el momento de su muerte. Pero aun así tampoco lo sigue con precisión puesto que del escuadrón del que habla Celi todo queda reducido a dos ángeles en la pintura. Eso sí, San Rafael, destacado por el biógrafo, está claramente identificado.

En esta búsqueda del fundamento iconográfico del esquema compositivo de la obra, podemos establecer, con sus salvedades, cierta relación con la controvertida pintura del mismo tema atribuida a Lázaro Baldi y que se encuentra en la Basílica de Granada.

En ella, aparecen San Rafael y otro ángel, menos destacado, que al igual que en nuestro caso también hacen la función de sostén del cuerpo del Santo. Ahora bien, por la datación de ambas obras, ¿pudo entresacarse la escena que estudiamos de tan magnífica obra y plasarse en un pequeño cobre destinado al culto y devoción particular?

En mi opinión, teniendo en cuenta la relación de la pieza con el conjunto Hospital-Basílica de San Juan de Dios, me parece una hipótesis muy verosímil.

La estudiosa Guillen Marcos, en su trabajo sobre la pintura barroca de la Basílica refiriéndose al lienzo de la muerte de San Juan de Dios, identifica al arcángel que acompaña a San Rafael con San Gabriel. Afirmación que compartimos y en la que nos apoyamos para concluir que en el cuadro que hoy comentamos también el segundo arcángel se trata de San

---

Gabriel, quedando reforzada nuestra tesis por la posición y gesto del mismo dentro de la escena, muy similares a los que adopta en sus apariciones a la Virgen.

### *Origen de la pieza*

El reducido tamaño de este cuadro nos induce a afirmar sin ningún tipo de duda el origen del particular de la misma. Este tipo de pintura, según se desprende de la tradición, encuentra su origen en la decoración de las celdas de los Hermanos en el Hospital de San Juan de Dios de Granada en su época más barroca.

Son numerosos los ejemplares que de este tipo conservamos en el Museo, que difieren unos de otros únicamente en el motivo de la representación, no siendo así en el tamaño y soporte. Hasta el momento no ha sido estudiada ni reproducida en ninguna publicación, ni se le conocen intervenciones restauradoras. Su estado de conservación es bueno.

### *Bibliografía sobre la pieza*

BENAVIDES VÁZQUEZ, Francisco. «Muerte de San Juan de Dios asistido por los ángeles». *Juan Ciudad*, n.º 451. Madrid, Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 2000, pp. 4-7.

LARIOS LARIOS, J. M. «La casa-museo de los Pisa». *Comunicación presentada a las I Jornadas de Estudio sobre la Iglesia y su Patrimonio Cultural en Andalucía*. Málaga, diciembre de 1984, p. 52.

—*Iconografía de San Juan de Dios en Andalucía*. Tesis doctoral, tomo IV. Núm. Cat. 418.

Fueron los granadinos los primeros que conocieron la «dichosa muerte del bendito Juan de Dios», de rodillas con un crucifijo en las manos... y así, rápidamente, adoptaron esta imagen como el icono del servicio.

No podía ser otra la escultura que presidiera «el templo del cuidado», el hospital de Juan de Dios.

Durante siglos esta figura ha marcado el lugar de la memoria de la hospitalidad, al estilo de Juan de Dios.

Su trasfondo espiritual, documental y afectivo sigue inspirándonos en el día de hoy, 475 años después, siendo fieles al legado recibido.



Archivo - Museo  
**San Juan de Dios**  
'Casa de los Pisa'  
Granada